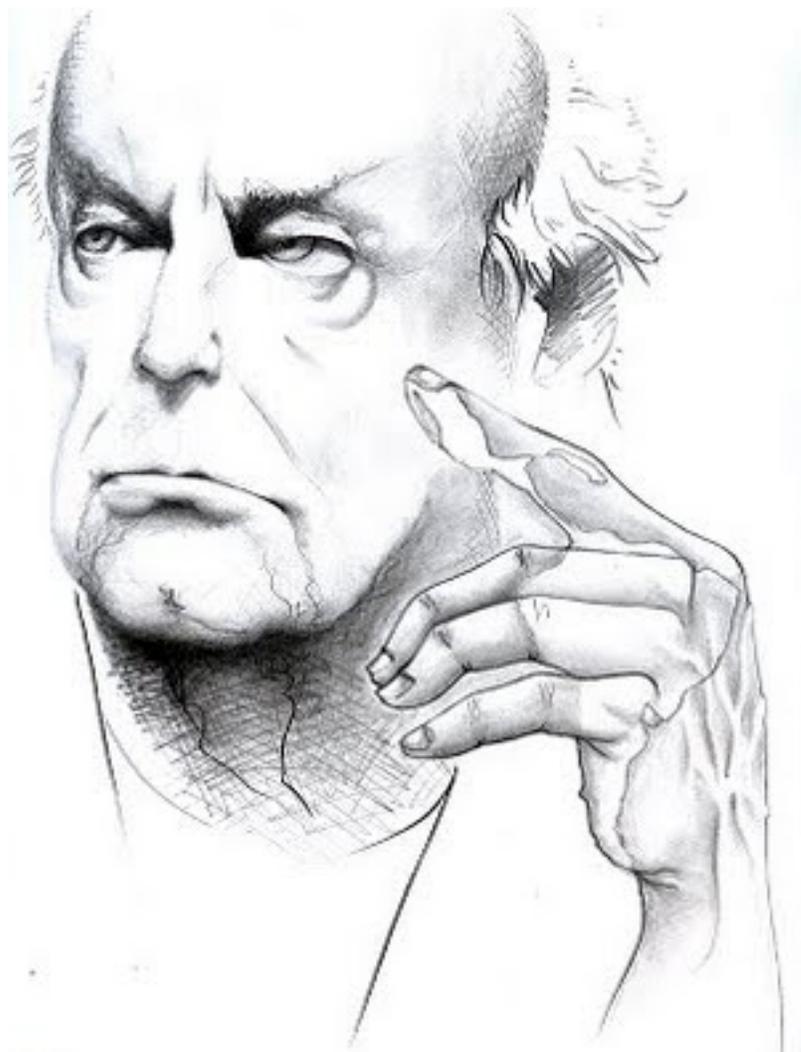


Eduardo Galeano: nuestro como los árboles de aquí

Pedro José Rivas
rivaspj@ula.ve / rivaspj12@gmail.com
Universidad de Los Andes
Facultad de Humanidades y Educación
Escuela de Educación



Eduardo Galeano, imponente como la fresca sombra de un soberbio ceibo del Sur del Lago; fino y de exquisita prosa cuan pintoresco y áureo araguaney; nuestro como la arepa, el casabe y la chicha de maíz; claro y sencillo como la luna plena; espontáneo y magistral como los eternos comandantes Fidel Castro y Hugo Chávez. Galeano, integro como la Patria Grande, la de América toda.

A sí seguirá siendo Eduardo Galeano, quien vive en las chozas de cartón de Alí Primera y navega por el mar Caribe y el Paraná, el que se esconde en las fulgurantes olas del río de La Plata que adorna con sus brumas la ciudad de su natal Montevideo, ciudad austral de crepúsculos orientales y de encantos charrúas, guaraníes y de canarios españoles.

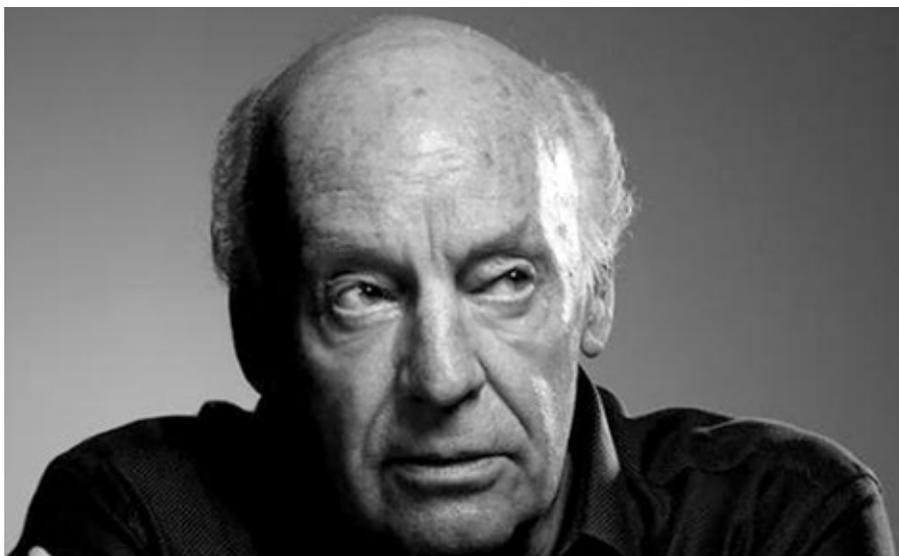
En oportunidades similares a ésta he afirmado que los grandes hombres y mujeres al morir yacen como lo hacen los altos y frondosos árboles de nuestros llanos, bosques y selvas nubladas cuando la savia vital deja de circular por sus troncos, ramas y follajes; ellos quedan parados y altivos ante el imperecedero tiempo, dando testimonio de que su existencia sirvió para brindar el frescor y la fragancia de su majestuosa y protectora sombra, sin ocultar la claridad de la luz. Así se deja ver Eduardo Galeano, tal como si fuese un imponente y sólido apamate o un espectacular cedro de finas y nobles maderas de nuestras tierras guayanesas.

Tristeza y acongojo produjo en el mundo entero la noticia de que Eduardo Galeano había muerto, pues era el intelectual más universal de la República Oriental del Uruguay, su muerte ha dejado que nuestras venas se abrieran de pena y dolor.

Así sentimos la repentina desaparición física del ilustre Samán de Güere uruguayo, Eduardo Galeano, quien nos alimentaba con su clarividente pensamiento político y su sensibilidad de fina y exquisita poesía.

Galeano fue el escritor que se apoderó de la energía y el sentido fecundo de la palabra para expresar con absoluta claridad y sencillez extraordinaria las contradicciones de la realidad política y económica, tal como ella es, sin los velos que la ocultan, expresando con magistral facilidad lo que para otros le es incomprensible hacer.

Al partir, dejó de escribir su pluma, que no sólo era de una generosa y brillante estética, sino que develaba las contradicciones de la sociedad a través del pulcro corte de una cuchilla de diamante. En esta cirugía del arte de las palabras bien dichas, las causas que ocultaban el origen de la pobreza y sus pobres quedaban desenmascarados, tal como le ocurría a la justicia tardía



e injusta que estará siempre en deuda con los corruptos y delinquentes de cuello blanco y camisa roja, así como con los pobres y solventes y con los ricos y poderosos.

El candor fingido de la hipocresía oficial quedaba descubierto en su escritura, sin discriminar si era un político corrupto o un monseñor ebrio de vino de consagrar y de bendecir con un crucifijo de latón oxidado por falta de fe. Menos importaba si era el honorable y acaudalado empresario que hacía negocios clandestinos con funcionarios ímprobos del Estado Nacional o Municipal, el narcotráfico o la prostitución infantil.

Su palabra jacobina descubría, con gran claridad, las mil máscaras de los rostros de los dueños del poder que no podían seguir apareciendo inocentes, mostrándose con sus elegantes paltós, togas, birretes, corbatas y sotanas ante las complacientes cámaras y micrófonos de periodistas ofrecidos al mejor postor.

En su agudo ojo de hermeneuta, las posturas simuladas de cruces y bendiciones, sin convicción cristiana, quedaban visibilizadas y escritas para su denuncia en formas literarias y de agudas crónicas. Los medios de comunicación de masas que, en vez de informar, recrear y educar, se encargaban de desinformar y de deformar la verdad, quedaban también al descubierto, pues se hacían cómplices de sus dueños, quienes no son los que están en las oficinas de la radio, la prensa o la televisión de la provincia sino en los halls de ultramar o en los rascacielos de las grandes corporaciones transnacionales de Nueva York o en las bolsas de Tokio, Múnich, Londres o Wall Street.

Si el cantor del pueblo Alí Primera estuviera vivo hubiera escrito que Galeano era un hombre de “madera, de madera preciosa, de pura madera, de madera olorosa a jazmín café, a preciosa madera, de madera madera, de madera esperanza, madera canción”, porque el corazón de Galeano era todo corazón puro.

Atilio Borón, su amigo argentino decía por la bonaerense Página 12, que Galeano no escribía para la capilla sino que su objetivo era llegar con su voz a todos los inconformes, a los oprimidos y explotados que encontra-



ban en su lenguaje llano, terso y sin rebusques culteranos un valioso instrumento para comprender y explicarse la realidad que los agobia, las causas de las desdichas y atrocidades que campean en la escena contemporánea y que son un poderoso estímulo para movilizarse y luchar.

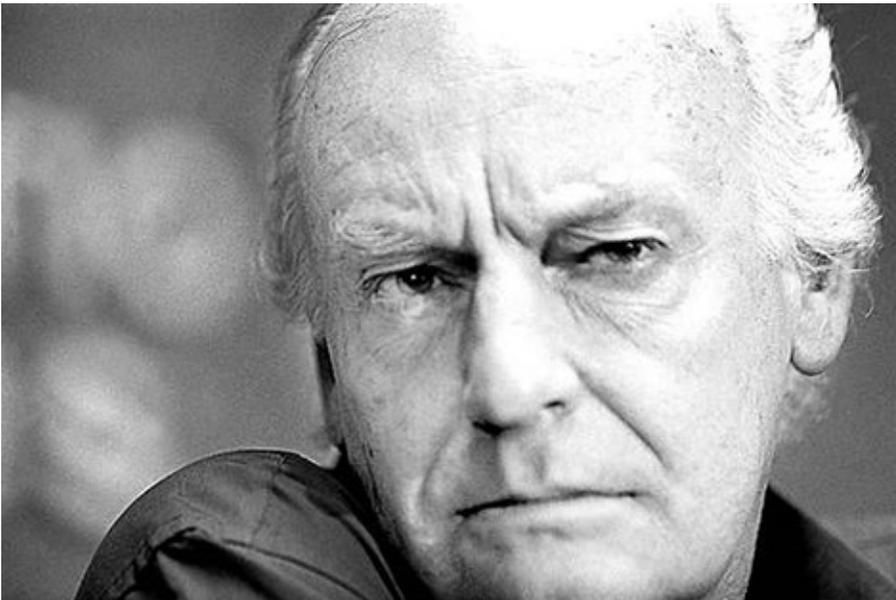
Escribir de esta manera requería de una paciencia infinita y de una vocación artesanal que lo llevaba en ciertas ocasiones a pasarse una noche en vela -durante gran parte de su vida con la compañía de sus cigarrillos, bregando por encontrar la frase justa o la palabra exacta que rematase eficazmente su argumento, que dijera lo que quería decir y que fuese capaz de suscitar en quien la leyera la conciencia de su propia situación y la rebeldía para cambiarla.

Galeano escribió hace treinta años con gran sabiduría el siguiente pensamiento que extraigo de uno de sus textos y, que sin duda, es el gran epitafio de su vida:

“La idea de la muerte individual deja de tener importancia, si uno adquiere la certeza de sobrevivir en los demás, sobrevivir en las cosas que quedan”.

En esta idea, nuestro Eduardo Galeano anticipaba su paso a la trascendencia, lugar en el que los hombres se hacen inmanentes para poder tener un espacio en la historia, escribiendo glosas verdaderas que pocos pueden cifrar. En ese devenir los hombres como Galeano no pueden morir.

De esta manera, la desaparición física de Galeano deja al proceso político venezolano una maravillosa y vibrante voz que le daba historia y poesía al pensamiento bolivariano, desparramándose por el continente americano como una lluvia que refrescaba a los movimientos emancipadores, ofreciéndole contenido y sentido para seguir germinando.



Ahora las venas de América Latina y el Caribe se vuelven a abrir no para denunciar el atropello del opresor histórico, sino para sollozar la desaparición de este jinete alado de la palabra optimista, cargado de pedagogía emancipadora y de la humildad de su sabiduría.

Parfraseo otra vez a Alí, el Cantor de los pueblos del mundo excluido, y despido esta nota luctuosa convencido de que con la obra escrita por Eduardo Galeano “haremos una mano con esa madera para golpear bien fuerte a quien desde siempre, golpea y golpea, nos golpea”

Ahora Galeano, Chávez y Allende nos iluminan con sus enseñanzas libertarias desde el infinito imperio de la luz y la verdad.

Galeano vive en su literatura, vive en la palabra que nos legó. ©

